

## **Aportes del grupo de espiritualidad interreligiosa**

### **Nuestro posicionamiento frente al tema propuesto para el encuentro del 27 de noviembre de 2021**

A lo largo de las reuniones en que nos hemos encontrado -de modo virtual debido a las actuales condiciones de salud pública- y con el intercambio de documentos, algunos de ellos objeto de intervenciones de confesiones religiosas ante organismos como la ONU, y de reflexiones personales enviadas por correo electrónico, hemos sido conscientes nuevamente de la importancia del tema y de la gravedad de las violencias de género. En especial contra la mujer, en el difícil contexto de nuestro país y del mundo en todos los aspectos (económico, social, cultural, religioso y político).

#### **Algunos datos de la realidad en el contexto actual.**

A este respecto hemos recordado que pese a que la condición social de las mujeres y de las niñas ha mejorado significativamente durante los últimos 50 años, una implacable epidemia de violencia contra las mujeres y las niñas, perpetuada por las normas sociales, el fanatismo religioso y las condiciones económicas y políticas de explotación en algunos países, sigue causando estragos en el mundo. Una enorme brecha separa aún el aparato legal de los países y la cultura, —materializada en nuestros valores, conducta e instituciones— necesaria para detener dicha epidemia. Así mismo, que un orden económico explotador, que alimenta los extremos de la riqueza y la pobreza, ha empujado a millones de mujeres a una situación de esclavitud económica y ha negado sus derechos y ha aumentado el número de mujeres migrantes y refugiadas. Dentro del hogar y la comunidad, la alta incidencia de violencia en el seno de la familia, el aumento del trato degradante de mujeres y niños y la propagación del abuso sexual han acelerado este declive.

Entre otras causas y manifestaciones, nos hemos fijado en algunas como: Celos, infidelidad, abandono, sobrecarga unilateral, estrés, influencia de otros familiares, sexo (negación o exigencia), posesividad, exigencias, negligencias, aprovechamiento indebido, incompatibilidades, desamor, drogas, agresividad innata, cargas familiares ancestrales, influencia de ideas y prácticas religiosas. Y en que en la violencia de género hay que considerar también las violencias de las mujeres sobre los hombres. Hemos reflexionado sobre el comportamiento de la juventud (varones y mujeres), que buscan muchas veces ante todo el pasarlo bien, el mostrar la figura, el ocio nocturno, la utilidad individual, lo inmediato. El tema de lo que sucede hoy en la sociedad es complejo y grave. La tecnología ha exacerbado lo individual, como vemos en muchos jóvenes cuando ponen la mente en cualquier cosa, sin ninguna austeridad. En general asistimos a un endémico supremacismo cultural, social y religioso.

Ante la anterior situación una parte de la sociedad está reaccionando. Para la eliminación y prevención de la violencia contra las mujeres y las niñas ve necesario el diálogo entre los responsables políticos, económicos, sociales y religiosos. Ahí es indispensable que los hombres participen activamente en la conversación para que se produzca un cambio real y sostenible. Que las mujeres de todas las edades puedan tener autoestima, autonomía y poder de decisión sobre sus propias vidas como empoderamiento interno, suprimidas todas las posibilidades de violencia y, por tanto, de miedo; e integrada así entre hombres y mujeres la práctica de la no violencia en la propia vida cotidiana.

Sin embargo la mayoría de los gobiernos continúan abdicando de sus obligaciones internacionales de castigar y prevenir la violencia y explotación de mujeres y niñas. Los esfuerzos para erradicar el estigma de violencia contra las mujeres y las niñas deben surgir y reforzarse desde todos los niveles

de la sociedad, desde el individuo hasta la comunidad internacional. Y no deben limitarse a reformas institucionales y legales, pues éstas se aplican solo al delito manifiesto y son incapaces de generar los profundos cambios necesarios para crear una cultura en la que imperen la justicia y la equidad por encima de la impetuosidad del poder autoritario y la fuerza física. De hecho, la dimensión interior y exterior de la vida humana son recíprocas, ninguna puede reformarse sin la otra. Se hace necesario, en fin, construir una cultura de los derechos humanos. Nadie debería obrar jamás de un modo lesivo para los semejantes.

### **Las religiones y las violencias de género.**

Nosotros en el grupo hemos privilegiado la consideración de este segundo subtema: Las desviaciones y las soluciones fundamentales desde el modo como vivimos la espiritualidad, la ética y las religiones. En todo el mundo, las religiones han desempeñado tradicionalmente un papel decisivo en el cultivo de los valores de las sociedades y en la consideración de que el estado más sublime del ser reside en cada ser humano por igual, mujeres y hombres. Sin embargo, hoy en día, muchas voces que se alzan en nombre de la religión, constituyen un obstáculo formidable para erradicar los comportamientos violentos y de explotación perpetrados particularmente contra mujeres y niñas, debido a interpretaciones religiosas extremistas y fundamentalistas. Las religiones han sido muchas veces históricamente instrumentos de poder y violencia con la imagen ofrecida de premio-castigo, así como una moral agresiva, más que liberadora. En ello hay que tener en cuenta no sólo las enseñanzas verbales sino también los rituales, vestimentas, privilegios y muchos factores que forman directa o subliminalmente la manera de pensar y de actuar de las personas.

Se hace urgente, por tanto, el cultivo de los valores espirituales y una decisiva contribución por parte de la autoridad moral de las tradiciones religiosas. Si podemos constatar una debilidad en el posicionamiento y en el papel profético de las convicciones y confesiones religiosas (lo que ha favorecido el crecimiento de la violencia contra las mujeres), debemos reconocer que se necesitan cambios y transformaciones en las confesiones religiosas y de nosotros mismos a su interior porque no mirábamos a los profetas y a los maestros y maestras en la fe, que desde la divinidad buscaban la dignidad de las personas y hemos olvidado en mucha medida el compartir y lo que nos une, para el logro de una buena convivencia y amor entre todos. Es imperioso que los líderes religiosos defiendan inequívocamente y se conviertan en abanderados del principio de igualdad entre hombres y mujeres,

Como constatación positiva entre muchas otras en nuestro tiempo, podemos añadir que las mujeres religiosas están contribuyendo a romper el silencio en relación a la violencia contra las mujeres y contra ellas mismas. Y que también hay una importante contribución desde la actual teología feminista.

La espiritualidad y los valores son un mecanismo formidable para impulsar el cambio personal y como primer paso necesario para preparar a las mujeres a defender y acceder sin descanso a todos los sistemas de protección social, servicios públicos e infraestructuras para la igualdad de género a fin de que lo hagan por sí mismas, para su autonomía e inteligencia emocional.

La financiación y la ejecución de proyectos no pueden ser las únicas conversaciones que mantengamos. Hemos de incluir de manera más eficaz y sostenible el empoderamiento personal a través de la espiritualidad y los valores. En la prevención y eliminación de la violencia y también en la atención a las que la padecen o a quienes la infligen es necesario poner en marcha un proceso que adopte siempre un enfoque espiritual.

El papel de la educación.

Debido a nuestras experiencias de vida y al papel educador en el que de muchas maneras nos hemos desempeñado, también hemos puesto fuerte atención a la educación como medio privilegiado de contribución a la disminución y supresión de todo tipo de violencia en la sociedad, en la escuela, en la familia. Los documentos que nos ha compartido el grupo CREA así lo destacan.

Es en el entorno familiar donde los niños crecen y se forman opiniones sobre sí mismos, el mundo y el propósito de la vida. Es aquí donde primero aprende a aceptar o rechazar el régimen autoritario y la violencia como medio de expresión y resolución de conflictos. Es en ella donde desde la infancia se puede aprender un ejemplo de relaciones sanas entre hombres y mujeres, de autodisciplina e igual respeto por los miembros masculinos y femeninos de la familia.

Es en la educación donde se juegan las capacidades morales específicas que ayuden a equipar a los niños y jóvenes para el desarrollo de habilidades de razonamiento moral y para que sepan asumir la responsabilidad de contribución al mejoramiento de sus comunidades. Capacidades morales y valores para las exigencias de la vida de hoy y para construir sociedades inclusivas, siempre teniendo en cuenta la cultura y condiciones de cada país y territorio, así como la comprensión diferente de la realidad entre hombres y mujeres. En el caso de la familia es muy importante el dialogo, la comprensión mutua y la comunicación en la pareja y, en casos necesarios, poder contar con una atención psicológica adecuada, así como con el apoyo de personas preparadas de diferentes religiones. Y para la sociedad en general es crucial el compromiso de todas las instituciones en la educación. Hay que promover un papel distinto para la mujer. Que las chicas no sean igual de gamberras que los chicos. Que la mujer tenga un papel educativo en la familia como ocurría antes. Los padres deben educar para que los jóvenes no sean pasto de la masa. Y educar en la solidaridad y cooperación, no para el éxito individual a toda costa, en una especie de sociedad muy autista. Eligiendo el camino de la vida con sabiduría colectiva.

Barcelona, octubre de 2021